

LOS ECUAYORKINOS

Carlos Abad

No existen cifras oficiales y es alto el porcentaje de indocumentados, gente que vino como turista y se quedó a vivir. Así, el número de ecuatorianos residentes en el área metropolitana de Nueva York sólo puede ser calculado. Debe fluctuar alrededor de los cuatrocientos mil, aunque ciertos conocedores de la situación aseveran que hoy en día sobrepasa el medio millón. Pero cualquiera que sea ese número, no se requieren expertos para aseverar que el aporte económico de esta inmigración a la economía de su país natal es cuantiosa y de creciente y vital importancia. Cientos de millones de dólares emprenden anualmente la ruta norte-sur, lo que ha inducido a algunos a proponer que Nueva York—no Guayaquil—es la capital económica del Ecuador.

Como muchas de las diásporas latinoamericanas, la ecuatoriana se halla dispersada en cuatro principales centros: Chicago, Los Angeles, Miami y especialmente el área de Nueva York. Aquí, tiendas, restaurantes, agencias de viajes y envíos, casas de música, etc., suplen muchas de sus necesidades, tanto las anímicas como las gastronómicas. Dos aerolíneas—Ecuatoriana de Aviación y Saeta, además de dos “americanas”—conectan a diario a Guayaquil y Quito con Nueva York.

Son varias las características que destacan a mis compatriotas. En los treinta y tantos años que he vivido en Nueva York, he podido observar que es sólo una minoría la que se “integra”. Esto quizás se deba a que el ecuatoriano es muy patriota (algunos dicen patriotero). El ecuayorkino insiste en hablar en su lengua, con todos los dejos y acentos de la región de que proviene. Prefiere, asimismo, invertir su dólar turístico en su propio país. Vuelve a él a cada oportunidad. He observado que son muy escasos los que optan por un viaje a otra región del mundo. Como la dominicana o la

puertorriqueña, la ecuatoriana es, pues, una inmigración circular.

Aunque la gran mayoría proviene de la clase trabajadora, son muchos los profesionales que han emigrado a esta ciudad; especialmente médicos y dentistas. Varios intelectuales desarrollan su actividad en el medio. Algunos enseñan en escuelas y colegios, muy contados a nivel universitario. Y unos pocos escriben y publican. Existen no menos de seis gacetas locales—por lo general semanarios—producidas por ecuatorianos y dedicadas a ecuatorianos. La *Casa de la Cultura Ecuatoriana*, desde 1986, ostenta en esta ciudad un núcleo importante. Proliferan también los clubes sociales y las ligas deportivas. El número de restaurantes ecuatorianos de que tengo noticia fácilmente sobrepasa los cincuenta.

Reflejando el estrato social de que la mayoría proviene, el ecuatoriano lee poco: poca literatura. (Esta es la queja de los libreros que sirven a nuestra comunidad). Se interesa más por la televisión y los diarios en nuestro idioma. Sin necesidad del Internet, los diarios ecuatorianos se leen aquí al día siguiente, siete días a la semana. Pero, en general, es un grupo trabajador, pujante y respetuoso de las leyes. Lo más llamativo es que aun después de tres generaciones, y a pesar—o quizás debido a—los múltiples problemas que aquejan a la lejana patria, el ecuayorkino continúa interesado por los problemas de su nación y, muy orgullosamente, insiste en autodesignarse ecuatoriano.